



Humberto Chaves Cuervo
Cuentos ilustrados
para Sábado

La garra de los vivos

Adel López Gómez

En 1921 surgió la revista *Sábado*.

Su primera etapa se inició el 1 de mayo de 1921, hasta el número 100 del 7 de julio de 1923, etapa en la que se inició la publicación de cuentos inéditos ilustrados por destacados artistas como Humberto Chaves.

Portada de la revista *Sábado*, No.117 del 14 de marzo de 1929.

ABADO



AUTORES ANTIOQUEÑOS

AUTORES Sala de Lectura
Biblioteca General
de A.



Oleo de Don Humberto Chaves,
profesor de pintura en la Escuela
de Bellas Artes



10c.

Investigación y edición: María Teresa Lopera Chaves

Transcripción: Beatriz Elena Lopera Chaves

Realización:
Proyecto Humberto Chaves Cuervo - Pintor



www.chaves-pintor.com



Autor: Adel López Gómez

Publicado en la revista Sábado
No.100. Julio de 1923

A

Ábranle usted un poquito los postigos, señora, para que entre aire; está muy fatigado. No lloren... no lloren así, que va a ponerse nervioso y él necesita ante todo tranquilidad. Humedézcale usted a cada instante los labios... Creo que ha entrado en el periodo de agonía.

El doctor Quintero levantó con la mano izquierda la cortinilla roja de retorcidas flores enormes y se despidió, en silencio, con un ademán breve y leve.

Luego abrieron las ventanas un poco, despacito, con delicadeza suma, y se fue rayando una lista de luz vacilante sobre la pared del fondo, hasta permitir el contorno de los objetos y las personas dispersas por allí y las silletas de la alcoba

Había un lecho grande, amplio, de madera oscura que contrastaba con el blancor exangüe de las colchas completamente extendidas sobre el largo y enflaquecido cuerpo del moribundo. Y sobre las almohadas altas y así mismo blanquísimas, la cabeza de aquel resaltaba como un parche, por efecto de la luz. Tenía la crecida barba y el pelo revuelto, de una negrura firme de vellones teñidos, y en los ojos parecía alentar el propio crepúsculo de la vida. En la frente, bajo los mechones del cabello, se ahondaban dos arrugas naturales, sin vigor, y la boca se le entreabría con un jadeo como de supremo cansancio.

Cerca estaba la mesita de noche con todo su botiquín menudo, y en las paredes colgaban unos retablos de santas con sus actitudes humildes y sus miradas que seguían a todas partes como una insinuación tras de los ojos martirizados del que estaba muriendo.





Luego seguían las figuras ambiguas de todos los asistentes. La mujer embozada en su pañolón de rayas, con la mirada turbia y solícita, cumpliendo la triste misión de humedecerle los labios hasta el instante final. Después las cuatro hijas blancas, compungidas, hechas ovillos por allá en un rincón, en rueda dolorosa con otras mujeres. Y acá, más cerca de la cortinilla de flores retorcidas, los dos yernos discretamente callados, que hablaban por lo bajo se aburrían de lo lindo en la semisombra del cuarto. Los dos eran jóvenes y tenían caras francas; era el uno menudo, rasurado, esbelto, con ojos azules; Jesús Gónima. El otro rubio, con dientes orificados, bigotillo rubio, de 25 años; Daniel Pérez.

Ε

El que yacía expresó de pronto a su esposa un deseo; que vinieran los muchachos; ellos, los hombres de la casa, para recibir sus recomendaciones finales. Y los dos, simultáneamente, se situaron al borde de la cama.



Lastimoso, sin voz, hablando a veces con señas vagas, construyendo palabras, con quejas informes, dijo lo último: Ellos serían los padres, los maridos, los hermanos de la familia desolada que allí se atumultaba pesarosa a verle partir. Eran ellos los vivos, a quienes legaba su deber y dejaba encargado de velar por esas cinco mujeres desvalidas que irían a estar a merced de ellos desde el día en él desapareciera.

Don Agustín Jiménez movía los ojos, las cejas, los labios contraídos, en un resto de vigor desesperado. El amor por la familia todavía podía encender candela precaria en el vencimiento de su carne; daba una emoción de sublimidad casi aterradora ver aquel hombre vencido que, si pensaba en la vida, era solo cuanto ésta podría valer para los de su corazón y su sangre.

Los yernos pusieron caras compungidas al borde del lecho del moribundo. Tenían semblantes mansos y respetuosos; estaban callados oyendo latir el silencio dentro del cuarto como entre una caja vacía. Y las muchachas blancas, ojerosas, enlutadas, se apelotonaban juntitas hacia el rincón, con miedo, superstición y nervios, como si por allí anduviese la muerte en puntillas.

Un debilitamiento supremo entornó los ojos de don Agustín y la cabeza se fue desmadejando sobre el cojín blanco y franjado.

Había no sé qué, de extrañamente repulsivo en las miradas simultaneas de los dos yernos que se inclinaron con un mismo movimiento como si persiguieran el último reflejo que se aposentaba en los ojos marchitos del otro.

A

En el contraportón se encontraron el Padre Villegas y el Doctor Quintero. Este entraba y aquél salía.

- ¿Qué hay, Padre?

- Nada...esto se acabó... no hay nada; le he dado la absolución sin que él despegara los labios. Está casi muerto. ¿Va usted a verlo?

- ¿Si será mejor no entrar?

Y los dos se fueron cautelosamente en estrambótica pareja. De lejos, calle arriba, el sombrero de felpa del cura se abría en gracioso perfil de alas negras abiertas, y la vara del médico hacia molinetes en los dedos ágiles de las manos atrás cruzadas.



Y

Y se llevaron muerto a don Agustín Jiménez en una charlante mañana de sol. Entierro de mucha gente fue aquel y olían a eternidad tantas ramas de pino fruteado entrelazadas, donde ponían su contraste lúgubre, los cartones de infinidad de tarjetas pegadas con alfileres.

Luego regreso la misma gente hablando de vidas, cuando acababa de verle la cara horrible de la muerte.

F

Fue un buen hombre don Agustín Jiménez, y bien tuvo en cuenta el H. Concejo Municipal para dictar Acuerdo de honores al ciudadano íntegro que muchas veces dirigió con sus luces la buena marcha de la cosa pública.

Pero siempre estos homenajes son detalle protocolario que luego se olvida.

A fuerza de laboriosidad y constancia, atesoró en los 10 últimos años de su vida, una fortuna saneada y limpia, con la cual el buen señor había esperado asegura el porvenir de su familia, aun sobreviniendo el descalabro de morirse él de repente.

Y don Agustín, sin usura, sin avaricia, había aumentado gradualmente el capital de sus hijos con abnegada resolución de dejarles –expresaba cariñosamente– una casimbita propia donde pasar sus días y algo con que atender a los apremios de la vida, sin que jamás hubieran de valerse de nadie.

Y luego surgieron aquellos muchachos: Jesús Gónima, sujeto admirable, contador de una sociedad cafetera y persona aplicadísima a su trabajo, amén de loables dotes de economía y método y Daniel Pérez tan ambicioso, siempre dado a sus actividades.

Eran los yernos ideales. ¿Que estaban pobres? No importaba: La pobreza no es un crimen; además eran jóvenes y tenían aspiraciones. Él tenía algo con que ayudarles y ambos estarían bajo su bondadoso tutelaje, en excelentes condiciones de hacer fortuna.

¡Si es cosa tan satisfactoria dar la mano a quien por ello nos tendrá gratitud! Y así divagando, aquel hombre de gran corazón que se desvivía por la felicidad de los suyos, autorizó los enlaces de sus futuros protegidos y les abrió luego las alas protectoras para que medraran a su sombra y arrimo.

Jamás el buen hombre tuvo desencanto mientras íbale dando la vida cerca de sus entrañables cariños. Veía a sus hijas hacerse madres y tenía un regocijo inesperado al rodearse de los nuevos retoños que él iba viendo nacer y crecer rollizos y felices en el bienestar de su casa fraterna. Sentía ligazones de padre a estos que vinieron a incorporarse a su familia y que vivían en ella compartiendo pan y el tejado.

Por esto don Agustín, cuando le fue minando la suprema catástrofe, pensó en los yernos para que le sucediesen. Y murió confiadamente después de hacer las últimas recomendaciones. Se le fue escapando el calor que anima la carne, bajo los cuatro ojos ávidos de los dos protegidos que se inclinaban hacia su pobre cara inerte, petrificada por el frío de la nada irremisible...

D

Después de todo, las cosas fueron por sus caminos normales. Ellos fueron los dueños, y de sus personas se derivaba la vida de las tres almas viudas, dejadas de la protección de don Agustín, pues que las otras bien directa tenían la en sus consortes heredadores.

Hubérase levantado por milagro don Agustín, y ¡qué cosas viles, qué artimañas infames hubiera visto tejerse en torno!

U

Un año nada más y las tres mujeres fueron conociendo de la privación a la miseria todos esos dolorosos peldaños que gradúan la tortura de haber tenido y carecer sucesivamente de todas las cosas que abundaron.

De todo aquello no era el tormento menor recordar las viejas promesas de los tutores que habían mentido a sangre fría y engañando cínicamente al propio don Agustín con una adhesión sumisa que luego resultó la más vil de las celadas.

Así se fueron marchando las vacas y desapareció como humo, todo bajo la garra voraz de los vivos que acaparaban para su colete. Las pobres mujeres vieron irse para la prendería en rápido desfile, primero los cuadros, luego las silletas de Viena, enseguida la máquina de pedal, y la casa se iba quedando vacía. Apenas el óleo del padre sobre la frialdad de la pared, erigía su semblante bondadoso y confiado sobre la sala desmantelada.

La noche del aniversario fue excepcionalmente penosa. Sombreada por humo de recuerdo y de noche. Luchaba la oscuridad titiladora contra la vela pringosa de cebo cuya lumbre se alzaba y movía zozobra.

Doña Manuela cosía y pensaba. De repente el acopio de su desventura rompió los diques, y la pobre señora lloró atropelladamente toda la pena que se atrancaba en su garganta.

Las dos muchachas pálidas la consolaban...

De repente- al oído de la hermana y con voz inocente y dolida,

-la hermana menor dijo pasito y en tono de reflexión y pregunta:

-Maruja: ¿qué haría papá si se despertara de pronto?

Fin

CONTEXTO

En este cuento de Adel López Gómez se muestra la condición de incapacidad y penuria de las mujeres casadas en Colombia que en lo económico, lo moral y lo social dependían totalmente del esposo, sin importar la condición económica, mental o moral del sujeto antes o después del matrimonio, por lo que muchas veces el matrimonio era para el hombre un jugoso negocio y para la esposa, la garantía de un oscuro destino. Por esta razón puede afirmarse que el autor retrata en este cuento una situación de la vida real.

Después de muchos tropiezos, por el activismo de las mujeres y la renovación liberal que llegó con el gobierno de Enrique Olaya Herrera, se aprobó la Ley 28 de 1932, que levantó las restricciones que pesaban sobre la mujer casada.

Sugerimos la lectura acerca de la historia tortuosa de la Ley 28 de 1932 en el artículo:

Gómez Molina, P. M. (2015). Régimen patrimonial del matrimonio: contexto histórico que rodeó la promulgación de la Ley 28 de 1932. *Estudios Socio-Jurídicos*, 17(1), 41-76.

Doi: [dx.doi.org/10.12804/esj17.01.2014.02](https://doi.org/10.12804/esj17.01.2014.02)



Adel López Gómez

Nació en Armenia, Quindío, Colombia el 17 de octubre de 1900, murió en Manizales el 19 de agosto de 1989. Fue un destacado periodista, académico, cuentista, novelista y guionista para Radio-teatro.

En 1947 publicó en el periódico El Colombiano, su columna "Tinta Perdida". En 1958 fue elegido miembro de la Academia Colombiana de la Lengua. Fue colaborador de: "El Gráfico", "Cromos", "Sábado", "Horas", "Revista de América", "Magazín Dominical" y "Revista de las Indias". Autor de disímiles obras y artículos periodísticos.

Obras

La maestra rural, 1922, Vivan los novios, 1922 Su primer libro de versos. Por los caminos de la tierra, 1928 El libro de cuentos El Fugitivo, 1931 Aventuras del día, 1934. El hombre, la mujer y la noche, 1938 El niño que vivió su vida, 1942. una novela y un cuento (1942). La noche de Satanás (1944) Claraboya (1950) El costumbrismo (1959) El diablo anda por la aldea (1963) Ellos eran así (1966) Tres vidas y un momento (1971) El árbol, el mundo y tú (1974) El retrato de monseñor (1976) La sandalia y el camino (1978) Aldea (1981) Comarca abierta, recinto cerrado (1981) Allá en el Golfo (1995) Libros de Cuentos: Cuentos de amor, Cuentos del lugar y de la Manigua, Trío de violencia.

Véase:

Revista Somos Jóvenes. Revista Mensual de la Casa Editorial Abril. En:
https://www.ecured.cu/Adel_L%C3%B3pez#Obras

Parra Toro, Julián (2013). Memoria Virtual. Portal literario y cultural del eje cafetero. Tesis. Universidad Tecnológica de Pereira. En:
<https://core.ac.uk/download/pdf/71397818.pdf>

Chaves Vive!

(1891 - 1971)

MAESTRO - PINTOR - PUBLICISTA



www.chaves-pintor.com

Contenidos sujetos a
Licencia Creative Common CC BY-NC-ND 4.0